

## PRESENTACIÓN

El hecho de que el alicantino Germán Bernácer sea reconocido como uno de los fundadores de la macroeconomía moderna es un orgullo para la Facultad de Ciencias Económicas y Empresariales de la Universidad de Alicante.

Persona de mente preclara, con amplitud de miras y visionario de la evolución económica y social, es un referente inspirador para todo estudiante, investigador y profesional de la economía.

En consecuencia, es un compromiso ineludible por parte de la Facultad el promover el estudio de las aportaciones de tan ilustre economista. En esta línea, la reedición del libro *Una economía libre, sin crisis y sin paro*, escrito en 1955, representa el culmen de todo su pensamiento económico.

Ciertamente, su título es tremendamente sugerente y cobra singular vigor en la actualidad, especialmente si se tiene en cuenta la crisis acaecida en los últimos tiempos y las tasas de desempleo alcanzadas. Si bien pudiera percibirse como un título que busca un objetivo utópico, no es menos cierto que si un objetivo no representa un desafío no es una buena meta; es más, antes que observarlo desde la utopía, debiera observarse desde las soluciones que se proponen en la obra y que, con teorías confrontadas, plantea innovaciones radicales del capitalismo que conocemos actualmente.

Finalmente, quiero agradecer al profesor Martín Sevilla, catedrático de Economía Aplicada, la excelente labor que ha desempeñado en su papel de editor de esta nueva edición de la obra.

Juan Luis Nicolau  
Decano de la Facultad de Ciencias Económicas y Empresariales  
Universidad de Alicante



## ESTUDIO INTRODUCTORIO

### I

No cabe ninguna duda de que el pensamiento económico español tiene una deuda con Germán Bernácer. Considerado por muchos como el mayor teórico español en tratar los temas de economía desde la Edad Media hasta su muerte en 1965, su importancia no ha parado de crecer durante los últimos años.

Sin embargo, frente a esta consideración de los expertos y a un cierto reconocimiento social (nombres de calles o edificios, premios con su nombre, etc.), sus obras escritas han ido pasando si no al olvido, sí a su práctico desconocimiento, al estar muy alejadas del acceso común a sus posibles lectores.

Si bien hace unos años, por la CAM, se editaba y publicaba la traducción en inglés de su libro de mayor nivel teórico, *Functional Doctrine of Money* (2009), y en 2005 la recopilación de Manuel Sánchez Monllor *En torno a la obra y figura del economista Germán Bernácer*, con algunos artículos o partes de sus libros; el acceso a sus publicaciones en español es casi imposible en la actualidad, salvo para los eruditos y los investigadores. Además, no es que se incentive mucho su lectura al ser presentado como un autor de difícil comprensión.

Cierto que las nuevas tecnologías permiten que pueda ser relativamente fácil su acceso mediante la digitalización de sus publicaciones pero, al igual que otros textos de carácter científico, esto no está reñido, más bien al contrario, con la posibilidad de editar en papel unos textos de reconocido interés general.

Posiblemente se podría decir que las ideas expresadas por Bernácer son viejas y que ya están desechadas por el avance científico, por lo que su interés es nulo, salvo para los estudiosos en cuestiones de la historia del pensamiento económico. Nada más lejos de la realidad. A nadie se le ocurre dejar de aconsejar la lectura de la *Investigación sobre la naturaleza y causas de la riqueza de las naciones* de Adam Smith porque fue escrita en 1776. Si bien es indudable el avance en muchas de las teorías y técnicas económicas y en su aplicación en el campo de la economía y la sociedad, el carácter social de la misma no nos permite asegurar que una mayor precisión técnica o matemática nos ayude a entender el funcionamiento de la economía mejor que con unas técnicas más rudimentarias, o menos elaboradas. De ahí que el interés por la lectura atenta a las ideas de Bernácer siga siendo de suma actualidad en 2015, a los 50 años de su muerte.

El pensamiento de Bernácer en el ámbito teórico se configura desde antes de su primera publicación en 1916, *Sociedad y felicidad. Ensayo de mecánica social*, hasta su último libro sobre el tema: *Una economía libre sin crisis y sin paro* en 1955. No se puede decir que los años intermedios entre estas dos fechas fueran muy pacíficos, ni en el campo de los enfrentamientos bélicos y crisis sociales, ni tampoco en el ámbito del análisis económico.

El surgimiento de la ciencia económica a finales del siglo XVIII supuso un impacto muy importante en el esfuerzo por conocer cuáles eran las causas de «la riqueza de las naciones», así como para entender cuáles eran las relaciones entre las diferentes variables que contribuían a explicar la articulación entre los diferentes individuos, empresas e instituciones existentes, especialmente, las asociadas a los países capitalistas más avanzados en su época.

Lo que se ha dado en llamar «economía clásica» y «economistas clásicos» fueron ciertamente exitosos al ir generando nuevas explicaciones sobre las relaciones y conceptos de la economía y, a pesar de las crisis que periódicamente se producían con mayor o menor asiduidad, nadie con un suficiente rigor teórico (Marx precisamente se apoyaba también en ellos) puso en cuestión los fundamentos económicos de los «clásicos» hasta los años 30 del siglo XX.

La crisis de 1929, anunciada por los acontecimientos y crisis periódicas de menor intensidad anteriores, supuso un parteaguas tanto social, como en lo referente a la ciencia económica y a sus explicaciones sobre lo que estaba sucediendo. Se exigían nuevos instrumentos

teóricos para entender unos cambios económicos que, o bien eran difíciles o imposibles de explicar con los argumentos clásicos, o bien estos precisaban de unos plazos para poder cumplirse que se conciliaban muy mal con las urgencias sociales que exigían respuestas a corto plazo ante un desempleo masivo y un colapso del comercio internacional.

Los hechos sociales de primeros del siglo XX (I Guerra Mundial, Revolución rusa, inicios de la planificación económica, surgimiento de los movimientos fascistas, etc.), no parecían muy favorables a una ciencia económica que se contentara con las respuestas de los clásicos cuando, además, esta no daba respuestas a todas las preguntas que se formulaban sobre precios, nivel de precios, moneda y dinero, desempleo, patrón oro, límites de la intervención pública, etc.

Fue en ese magma social donde tuvieron lugar las ideas que han configurado la ciencia económica hasta hoy.

No parece que haya mucha discusión acerca de que el mayor innovador de tipo práctico de la nueva economía surgida en ese ambiente fuera Keynes. Los resultados de sus análisis recogidos en su *The General Theory of Employment, Interest and Money*, todavía hoy siguen siendo el eje central que polariza las discusiones teóricas en la actualidad, sobre cómo afrontar los problemas macroeconómicos de las sociedades y países. Sin embargo, como una y otra vez insistiría Bernácer, la aportación de Keynes más que a reparar y completar el marco de la economía clásica, iba en la dirección opuesta, al incorporar como actor principal para lograr el equilibrio económico, al Estado, verdadero ganador de la batalla por resolver las crisis y desajustes económicos. Con esta interpretación, Keynes se aleja de los clásicos y de su búsqueda por entender e introducir los mecanismos institucionales adecuados para que el sistema funcione de una forma equilibrada y estable sin la necesidad de que, desde fuera a esas fuerzas de los mercados, alguien o algo intervenga, no se sabe bien con que conocimiento o intención para establecer un equilibrio.

Bernácer dedicó gran parte de su esfuerzo y aportación intelectual a lo largo de su vida, a discutir y argumentar cómo el propio sistema capitalista podría lograr el equilibrio sin la necesidad de que algo exterior al mismo tuviera que intervenir. En este libro se expresa con toda intensidad su propósito y la razón teórica del por qué reacciona de forma tan agresiva contra el pensamiento keynesiano:

«Una economía ha de regularse por sí misma o ser regulada desde fuera. Pero solo será libre en la medida que sea capaz de autorregularse.

El mecanismo regulador de la economía es el mercado. Decir que una economía se regula por sí misma implica el poseer un sistema de mercados que, ante cualquier desequilibrio accidental, reaccionen adecuadamente y con suficiente energía para que el equilibrio se restablezca, antes de hacerse demasiado sensible la discordancia entre ofertas y demandas...» (Bernácer, 1955, IX).

Bernácer participó en este nuevo espacio de reflexión con sus aportaciones teóricas, las más originales y de mayor alcance, redactadas a lo largo de los años 20 y primeros de los 30. Pero tuvo la mala suerte (es una forma de explicar lo que ocurrió) de estar en un lugar alejado del debate teórico del momento (Alicante, Madrid, España), y de que tampoco sus ideas pudieran ser entendidas por aquellos que tenían que ponerlas en marcha y aplicarlas.

Mientras que las teorías keynesianas tenían y tienen el atractivo para la opinión pública de imaginarnos que puede haber alguna solución externa para la solución de los problemas económicos, y a los gobiernos se les da ese papel de tanta importancia que justifica su intervención en el proceso económico; la búsqueda de Bernácer de un cambio institucional para que sean los propios mercados los que restablezcan el equilibrio perdido, no podía tener mucho éxito.

Las propuestas que se deducen del análisis de Bernácer, no lo olvidemos, lo que pretenden es que, transcurrido el plazo de implantación de las reformas necesarias de las instituciones capitalistas (no perdamos de vista el gran calado institucional que tendría que producirse respecto a los intereses del capital o la propiedad inmobiliaria), sea el propio sistema el que se autorregule. ¿Qué responsable público puede adherirse a un programa de estas características que no necesariamente, más bien al contrario, le va a permitir tener mayor capacidad de intervención en la economía? Ciertamente, en esta cuestión, Bernácer no está solo, ya que cuenta también con otros pensadores que defienden las limitaciones de la capacidad de intervención del Estado (Hayek, Friedman, Popper...), pero sus enfoques no vienen a coincidir con las propuestas concretas de cambio institucional de la economía que postula Bernácer.

No es extraño pues que, con independencia del rigor que puedan tener los análisis, tengamos que admitir el atractivo de las ideas y propuestas de Keynes en ese enfrentamiento.

Pero las razones de la pérdida de esa batalla (hasta ahora, como nos recuerda Sánchez Monllor, Bernácer solía decir a su familia «Seré

comprendido en el 2000»)¿le debe restar interés e importancia a sus postulados?

Desgraciadamente, mientras que los desarrollos teóricos y su aplicación como políticas económicas nacionales de las propuestas de Keynes han sido y siguen siendo muy importantes y numerosas, es evidente que no cabe decir lo mismo de las de Bernácer.

Su aislamiento de los medios académicos españoles se puede considerar que fue aún mayor que respecto el relativo a sus relaciones y reconocimientos internacionales. Este distanciamiento fue mutuo, posiblemente por considerar Bernácer que los argumentos por él expuestos no habían sido tenidos en cuenta, ni se estaba en condiciones de entenderlos por otros autores españoles. ¿Cómo si no se explica que en esta obra que ahora se vuelve a publicar, solamente se citara a un autor español, su compañero en el Servicio de Estudios del Banco de España, Olegario Fernández Baños?

Bernácer ha sido visto con recelo tanto por su grandeza intelectual como por las implicaciones políticas a las que llevaban sus propuestas de reformas institucionales. ¿Quién se atreve a suprimir el interés del capital, las bolsas de capitales o las transmisiones de las propiedades inmobiliarias?

## II

La evolución de la economía a escala mundial durante los últimos años ha sufrido convulsiones que han sido comparadas muchas veces con lo que ocurrió en la crisis de 1929. Muchos son los autores que han puesto el énfasis en la falta de instituciones y teorías adecuadas para hacer frente a los fenómenos que han desestabilizado las economías nacionales, exigiendo de nuevo intervenciones masivas de los gobiernos para intentar llevar de nuevo a las economías a la senda de la estabilidad y el pleno empleo. En ello estamos todavía. La ciencia económica había vivido una etapa de autosatisfacción al entender que se había logrado tener un gran conocimiento acerca de los instrumentos adecuados para corregir las posibles disfunciones que se podían producir en el transcurso de la propia dinámica económica. Ciertamente que los nuevos conceptos e instrumentos se habían basado, no en la confianza en los mercados para el logro de la estabilización a corto y largo plazo, sino en la seguridad de que este equilibrio podía ser

logrado a través de la intervención pública con los instrumentos que la política monetaria y fiscal que el nuevo consenso keynesiano ponía a su disposición. Pero, si bien ciertamente los equilibrios, con mayor o menor dificultad, se han ido logrando, eso ha sido merced a la ampliación del poder y discrecionalidad del Estado sobre la economía y a la reducción de la capacidad de los sistemas económicos y los mercados para regularse por sí mismos. No estamos pues muy lejos (en realidad estamos mucho más lejos en términos proporcionales que en aquella época) de las situaciones contra las que arremetía la concepción bernaciana sobre los males del sistema económico y las posibilidades de una economía libre.

En la actualidad, el peso de los presupuestos del sector público en las economías capitalistas desarrolladas alcanza cifras cercanas al 40-50% del Producto Interior Bruto, escenarios estos que condicionan en grado sumo todas las relaciones económicas de los Estados. El panorama nos parece hoy irreversible en las sociedades capitalistas desarrolladas y las demandas de un menor peso de las intervenciones públicas incluso se asocian a postulados políticos extremos por su exigencia de una disminución de la sociedad del bienestar que se vincula a esta intervención masiva del Estado en la economía.

¿Cabe pues, en este escenario, pensar que se pueden reformar las instituciones para ampliar las posibilidades de que sean los mercados los que determinen los ajustes económicos que nuestras sociedades demandan, o debemos renunciar a esta pretensión y confiar en que sean nuestros gobernantes los que actúen con la prudencia de un «buen padre de familia» para que sean ellos los que busquen el equilibrio?

Creo que ni siquiera ante esta nueva situación Bernácer dejaría de demandar esas reformas institucionales precisas para que los mercados recuperaran su papel en la búsqueda de los equilibrios económicos.

En otro contexto hemos tratado de poner en evidencia como la institución del interés del capital y su supresión propuesto en la formulación de Bernácer, que tanto desasosiego produce por lo que significa de cambio radical del sistema capitalista vigente, es visto con normalidad cuando se trata de analizar las finanzas islámicas. Prohibido en estas sociedades por considerarlo la *shariah* como usura el cobro de todo tipo de interés sobre el capital, ello no ha sido óbice para que, entre otros, el Banco Central Europeo (y el Banco de España entre nosotros) le haya prestado una atención especial ante el creciente papel que tienen los fondos procedentes de los países con religión islámica. Es evidente que



esto no significa que el análisis de los mercados de capitales hayan asumido este enfoque, pero sí que pone en evidencia que algunos cambios institucionales no son tan imposibles como en una visión superficial podrían parecer.

### III

Puede dar la impresión que el interés por la obra y aportaciones de Bernácer van paralelas a la celebración de algunas fechas clave de su existencia. En 1983, la revista *Hacienda Pública Española* conmemoraba el centenario del nacimiento de Bernácer con la publicación en su n.º 81 de varios artículos de diversos autores que trataban de destacar y contextualizar la obra de Bernácer, con el compromiso adicional de continuar en la tarea de edición y estudio de sus escritos en publicaciones posteriores que, desgraciadamente, no se cumplieron. El año pasado, la revista *Canelobre*, dependiente de la Diputación Provincial de Alicante, conmemoraba también el cincuentenario de su muerte con un número especial donde se recogían nuevos artículos sobre la vida y obra de Bernácer.

Si bien lo anterior es cierto, no deja de serlo tampoco que el interés por la obra de Bernácer se ha visto incrementado en los últimos tiempos, especialmente debido a su inclusión en *The New Palgrave Dictionary of Economics* en 2008 por parte de Mauro Boliánski o la publicación en inglés de su *Doctrina funcional del dinero* en 2009. Estas publicaciones y referencias se han venido a unir a las referidas por Savall, Villamil y especialmente de Gumersindo Ruiz que han contribuido a tener un conocimiento más completo del alcance de la obra de Bernácer. Insistir más en estas aportaciones no es pues el propósito de este prólogo y a ellas me remito para los que quieran conocer su interpretación de este autor, así como para tener conocimiento de la extensa obra del mismo y sus distintas épocas.

Pero ante este panorama creciente de referencias, lo cierto es que se tienen muchas dificultades para que el acceso generalizado a los libros de Bernácer sea posible en estos momentos. Si bien la *La doctrina funcional del dinero*, publicada en 1945 se reeditó en 1956, ninguna de sus otras obras se reeditó, por lo que para leerlas debemos ir a la edición original o alguna fotocopia de las mismas.